

Somos pecadores

Morris Wornack



«Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesarnos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no tenemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.

Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1ª Juan 1:8—2.2).

A lo largo de la historia de la humanidad, se han hecho intentos para justificar el pecado. *Karl Menninger, en su notable libro titulado *¿Whatever Became of Sin? ¿Qué sucedió con el pecado?*, nos llama la atención al hecho de que el pecado está siendo pasado por alto en muchas áreas. Así escribe: «En todos los lamentos hechos por nuestros videntes y profetas, uno extraña toda mención del “pecado”, una palabra que solía ser una consigna auténtica propia de los profetas. Era una palabra que una vez estuvo en la mente de todos, pero que ahora raramente, si alguna vez, se escucha». Hoy, algunos psicólogos nos dicen que el pecado existe solo en la imaginación y otros se atreven a enseñar que nuestro comportamiento moral y social mejorará cuando la idea del pecado pueda ser borrada de nuestro vocabulario.

Los gnósticos de los primeros dos o tres siglos estaban entre los que consideraban el pecado como un mal innecesario. Algunos enseñaban que no existía tal cosa llamada pecado. Puede que Juan se haya referido a estas personas cuando escribió las palabras de 1ª Juan 1:8—2.2. A partir de la declaración de Juan, no puede haber duda de que los falsos maestros estaban causando problemas a los fieles.

Un estudio de las herejías de los siglos segundo y tercero indica que había al menos dos escuelas principales entre los gnósticos. Un grupo consideraba el pecado como un asunto de índole únicamente espiritual o gnóstica. Por lo tanto, existía una práctica de ascetismo que separaba lo material de lo espiritual. Si uno se separaba de los elementos del mundo, se mantenía libre de pecado. Un

segundo grupo de gnósticos, que incluía a los nicolaítas, creían que los pecados «carnales» no existían para los cristianos ni para los gnósticos. Estos pueden ser a los que Juan se refirió en el texto.

En primer lugar, en el versículo 6, Juan se refiere a los que afirman que la comunión con Cristo no depende de no andar en tinieblas. En segundo lugar, en el versículo 8, se refiere a los que afirman que los cristianos están «sin pecado», esto es, el pecado no pertenece al pueblo de Dios. En tercer lugar, se refiere a los que afirman que los cristianos en particular no cometen pecado. En cada uno de los casos anteriores, Juan demuestra que estos maestros estaban llevando a los cristianos a una trampa engañosa. ¡Acusa de mentirosos a los que enseñan tales cosas!

LA REALIDAD DEL PECADO

Primera de Juan 1:8—2.2 es uno de los ataques más devastadores que tenemos en toda la Biblia contra los que enseñan esta falacia acerca del pecado. Al hacer tal afirmación, no solo nos engañamos a nosotros mismos, sino que también, declarar que estamos sin pecado hace a Dios mentiroso. Todo el propósito de la cruz se convierte en una farsa si no somos pecadores. Jesús murió para que pudiéramos ser perdonados de nuestros pecados. Los gnósticos alegaban que toda la historia acerca de la cruz no era verdadera. Alegaban que los ignorantes estaban engañados con tal historia. De hecho, algunos alegaban que Jesús realmente nunca murió en la cruz, sino que Simón de Cirene ocupó Su lugar mientras Él se escondió de las multitudes.

¿Cómo puede uno negar la realidad y el poder del pecado cuando miramos a nuestro alrededor? Si el pecado no existe, ¿cómo se explica la muerte? ¿Qué la causó? ¿Por qué fue necesario que Jesús muriera? Si el pecado no existe, ¿cómo podemos explicar todo el mal que hay en el mundo? ¿Existe realmente una respuesta al sufrimiento si no existe el pecado? ¿Por qué existe toda la infelicidad y toda la crueldad en el mundo si el pecado no existe? ¿Cómo puede Jesús darnos una vida más abundante si no tenemos problemas con esta vida? ¿Qué le impide a la gente servirle a Dios si no existe el pecado?

Las anteriores y muchas otras preguntas no tienen respuesta si no se toma en cuenta la realidad del pecado. ¡Mis amigos, el pecado es real! El diablo realmente está « [rodeando] la tierra...» (Job 1:7), buscando a quien devorar. Satanás está de guardia día y noche, tratando de destruir a los justos. Sí, el pecado es una realidad y no debemos cerrar nuestros ojos a su venganza.

EL PERDÓN DEL PECADO

El concepto más importante de este pasaje no es que somos pecadores, sino que, ¡podemos tener perdón! Todos los hombres son pecadores. Sin embargo, no solamente debemos aceptar el hecho de que hay perdón, sino también que ¡el perdón es gratuito! Todos nosotros podemos tener perdón si lo deseamos. La vida eterna es un regalo de Dios. Pablo escribió así: «Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 6:23).

Es propio de la naturaleza de Dios perdonar. Juan dice que Dios «... es fiel y justo para perdonar nuestros pecados» (1ª Juan 1:9). El lenguaje de este pasaje insinúa que esta es una característica de Dios. En el perdón se demuestra la bondad de Dios. «Si confesamos nuestros pecados...», Dios perdona nuestros pecados. Esto es comparable a decir que un juez es justo y que, por lo tanto, la verdad prevalecerá. Sin embargo, más allá de lo anterior, reconocemos a Dios como nuestro Padre. ¿No es acaso la naturaleza misma de un padre perdonar a sus hijos sus debilidades? Solamente un padre injusto, y sin amor, rehusaría perdonarle a su hijo su mal proceder, especialmente si el hijo está arrepentido.

Existen ciertos requisitos para el perdón. En primer lugar, debemos estar dispuestos a reconocer Su realidad y Su verdad. En 1:1—7, Juan nos inculcó la realidad de Dios y de Su Hijo. Debemos estar dispuestos a reconocer la revelación del Hijo de Dios. En segundo lugar, debemos confesar nuestros pecados. Juan establece una condición para el perdón, a saber: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1:9). Dios no está ni obligado ni dispuesto a perdonar a los que no reconocen su necesidad de misericordia. En tercer lugar, debemos obedecer Su voluntad. En el relato que hace Juan de la vida de Jesús, lo cita diciendo:

«El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió» (Juan 14:23—24). Jesús asevera que se requiere de obediencia para que Su Padre y El habiten en nuestras vidas.

LA AYUDA DEL REDENTOR

La voluntad de Dios es que Sus hijos vivan por encima del pecado. Sin embargo, también es imposible para cualquiera de nosotros vivir completamente sin pecado. Recuerde que si decimos que no tenemos pecado lo hacemos a El mentiroso. (Vea 1ª Juan 1:10.) Dios no nos hizo para que fuéramos robots; no estamos diseñados para obedecer a Dios sin ninguna voluntad propia. Esto no le daría gloria alguna a Dios. Dios desea que seamos Sus hijos, para que le amemos y

servamos por el amor que le tenemos. Esta es Su voluntad. Sin embargo, dentro de este libre albedrío que poseemos, Dios desea que vivamos sin pecado.

Dios entiende nuestra tendencia a pecar. Nos señaló un camino. Juan escribe: «Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros» (1ª Juan 1:10). Pero, gracias sean dadas a Dios que nos proveyó una solución. Juan continúa en el capítulo segundo, diciendo: «... abogado tenemos para con el Padre...» (1ª Juan 2:1). Juan declara que tenemos nuestro propio abogado, es decir, nuestro intercesor, uno que «habla en nuestra defensa». Esta frase se traduce de la palabra parakleton. Esta palabra significa literalmente: «uno que se presenta en nombre de otro, un mediador, un intercesor, un ayudador». *

Juan continúa, diciendo: «Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1ª Juan 2:2). El ha puesto su vida voluntariamente por nuestros pecados. Jesús no fue un mártir; fue más que un mártir. Con lo anterior no se está menospreciando a los mártires. A los mártires se les quita la vida; Jesús, en cambio, puso su vida voluntariamente por nosotros. ¡Hay una gran diferencia entre los dos! Sin Su sacrificio, no somos nada. Pero, por medio del sacrificio de Jesús, el pecado puede ser perdonado y por la cruz podemos vivir por encima del pecado; no sin pecado, sino, por encima del pecado.

CONCLUSIÓN

Juan desea que nos demos cuenta de que el pecado es una realidad, tanto en el mundo como en nuestras vidas. Contrario a lo que los falsos maestros estaban diciéndoles a los cristianos primitivos, es posible que el cristiano peque de tal manera que al final se pierda. Necesitamos volvernos hacia nuestro «paraclete», hacia nuestro «sacrificio expiatorio», el que habla a Dios por nosotros. La única solución para el pecado es la sangre de Jesucristo. Es necesario que entremos en contacto con esa sangre para poder tener el perdón de nuestros pecados. Romanos 6:3—4 dice:

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.

* Karl Menninger, Whatever Became of Síu? ¿Qué sucedió con el pecado?) (New York: Hawthorne Books, 1973), 13.

* Walter Bauer A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva), 4a ed., rev. y amp., trad. William F. Arndt y F. Wilbur Gingrich (Chicago: University of Chicago Press, 1952), 623.